

Juan Ramón Jiménez, España Honda

546

por Sebastián Salazar Bondy

31/5/58

“¡Oh pasión de mi vida, poesía desnuda, mía para siempre!” había escrito en su juventud. Y fue siempre eso: pasión, es decir, resuelta entrega vital. Ahora que ha enmudecido, la voz de Juan Ramón Jiménez se revela nitidamente como esa pasión sin atavíos superfluos, austeramente como el real paisaje andaluz y clara como el verídico firmamento de Moguer, su pueblo natal. Piedra y cielo, como él llamara un libro suyo, como se podría denominar toda su creación, desde “Almas de violeta”, del año inicial del siglo, hasta las celebraciones del dios interno que su palabra últimamente expresó con tanta certeza, con tanta lucidez. ¿Lucidez este apasionado?, se dirá. Sí, lucidez de enamorado o lucidez de amante del cosmos, de sus seres —asnos de ternura humana o breves flores palpitantes— y de sus cosas, aires, nubes, playas, aguas. Su pasional andalucismo, que él gustaba calificar de universal, es el verdadero: no el de la postal, con manolas prefabricadas y gitanería de cartón. Andalucía intensa, fina y enigmática. En fin, distinta a la del clisé usual.

Porque algún día, ante la obra de Juan Ramón Jiménez y otros andaluces —entre los cua-

les está, por cierto, el malagueño Picasso—, habrá que reivindicar a la España auténtica, que no es la que se exporta en el prospecto de viajes o el cartel para el turismo. La España que, aun en Andalucía, la más falsificada de las regiones hispanas, es seca, ardiente, silenciosa, humanamente brutal, muy lejana del señoritismo intolerante y cortés que como una espuma viciosa la cubre ocultándola. Juan Ramón Jiménez nunca

de sangre hacia nuestro continente, en donde ha cerrado para siempre sus buidos ojos de sabio asombrado, la memoria reconstruyó para él y para su pasión, la poesía, el panorama apesadumbrado de la España antigua que llevaba en la sangre: memoria, ciega abeja de amargura”, llamó a la portadora de recuerdos, a la desveladora de sus noches, a la incitadora de sus alucinaciones. España era para él lo que en un epigrama pudoroso manifestó:

Patria

¿De dónde es una hoja transparente de sol?

—¿De dónde es una frente que piensa, un corazón que ansía?—

¿De dónde es un raudal que canta?



Juan Ramón Jiménez

se negó español de adentro, del hontanar ibérico, y son los grandes poetas, los grandes artistas, los que definen un pueblo, no sus propagandistas oficiales ni sus voceros oficiosos. El perfil de Moguer, al que tanto loara rememorándolo el gran poeta muerto, no se destaca en sus versos como una estampa de juega y griterio, de oles y muchedumbre. Nubes oscuras, faroles tristes, luna amarilla. Un perfume de campo húmedo. A lo lejos, un campanario viejo y ladridos de perros. Melancolía en todo.

Al salir del camino, se sienta el rostro lleno de luna fría... Sobre el blanco cementerio, en la colina, lloran los altos pinos negros.

Reconcentración en una palabra, vida interior, de la que Juan Ramón Jiménez estaba ahito. Y cuando tuvo que dejar su patria, arrojado por la ola

Esa era su versión del lar nativo; una interrogación inquieta, tímida, susurrante. Nada de grandilocuencias, de cantos épicos entonados con voz de pecho, ni tampoco coplas con reminiscencias folklóricas en tono de fasete. Pertenecía el poeta a una estirpe inmemorial de españoles soberbios, sin voracidad, sin menosprecio, sin retórica, sin divisas, sin odios: San Juan, Quevedo, Mechado, Lorca. Pertenecía a la España honda y sin tiempo, es decir, al mundo.

No hace falta aludir a su gloria, a los premios que mereció, a la permanencia de su ejemplo literario. Basta presentarlo tal como nos lo dan sus versos, que quiso que obedecieran a ese mandato de Goethe que adoptó para norma de su inspiración y su labor: “Como el astro, sin aceleración ni descanso...” Lección la suya de existencia agónica, combatiente con la forma y la expresión, pugnando por decir lo indecible en un constante torneo. Así lo ha encontrado la muerte, tal como en la vida la intufa a su lado, acechándolo:

¿Cómo, muerte, tenerte miedo? ¿No estás aquí conmigo, trabajando?